

de Austria, por el señor Guillermo Wickmann, rector de la Escuela de Comercio de Bogotá, y por M. Gabriel Didyme Dôme, catedrático en varios colegios de esta ciudad. Esos juicios se hallan al frente de la obra. A dictámenes tan autorizados nada tenemos que agregar.

LA PATRIA DE SAN JUAN CRISÓSTOMO

(De la tesis para el grado de doctor en filosofía y letras en el Colegio del Rosario).

Al entrar el viajero en el Bósforo, como si se descubriera un velo mágico, surge ante sus ojos extasiados un grandioso espectáculo. Las verdosas olas de un mar purísimo juguetean un momento a los costados del buque y corren luégo, murmurando y como animándose unas a otras, hacia tierra, donde brilla con mil colores la capital del imperio otomano. Avanza el barco despacio, bordeando la ciudad, que parece dar vueltas negligentemente a la vista de los que la contemplan arrobados, como para mostrarles todas sus bellezas y encantos.

Larga, pero en extremo hermosa e interesante, es la navegación del Mediterráneo, el mar latino, el mar de nuestra raza. Atrás, muy atrás, queda la Europa que por antonomasia ha recibido este nombre, tan llena de comercio, de riqueza y de materialismo; la Europa en la cual, prescindiendo de Inglaterra, que está como aislada del continente, España es una nota rara porque ha sabido conservar algo de su genio propio y de su noble sangre nativa. Un poco menos lejos entra resueltamente en el mar, como indicando que él le pertenece a ella y ella a él, la Italia, con sus recuerdos de edades más gloriosas y sus adelantos modernos; Italia, en cuyo seno el ruido de las máquinas no ha acallado los vigorosos acentos de la lengua que habló cuando fue la señora del mundo, y donde, al lado de suntuosa basi-

lica constantiniana, o formando corona de homenaje al rededor de la columna de Trajano, se agrupan las edificaciones del siglo XX. Un poco más acá sueña Grecia con Platón y Temístocles, y junta a una inmensa profusión de testigos de sus antiguas mas no envejecidas glorias, unos cuantos exponentes de esa cultura que tanto ufana a otras naciones. Las mismas calles que atravesó el soldado de Maratón las recorre hoy día el tranvía eléctrico, lo cual nada les añade, sin embargo, en la estima que universalmente se les profesa, como tampoco son mejor mirados los almacenes de construcción moderna que contrastan dondequiera con los templos de grandes frontones y soberbios peristilos. Diríase que la civilización presente no se atreve a profanar un suelo consagrado por la belleza y la filosofía y sólo penetra en él cautelosamente a rendirle a la pasada el tributo que merece.

Es el Bósforo un estrecho canal por donde corren precipitadas las aguas del Mar Negro al de Mármara. Las costas que lo forman pertenecen, las orientales al Asia y las occidentales a Europa, semejando sierras colocadas de tal manera que a un promontorio en la una corresponde un golfo en la otra. Pudiera creerse que los dos continentes, olvidados de su avanzada edad, se han puesto a jugar, intentando el uno detener las aguas, para lo cual se adelanta sobre el otro, el que a su vez se lo impide, replegándose sobre sí mismo. Como es fácil de suponer, el mar, al chocar contra aquel cabo que le presenta obstáculo, se arroja fuertemente sobre el golfo opuesto, haciendo dificultosa la navegación. No obstante, las salidas del estrecho y los fondos de las ensenadas permanecen en completa calma, semejantes a orlas de magníficos ropajes llenos de pliegues en el centro, como los que vemos en las imágenes de la Madre de Dios en nuestra basílica catedral.

El encanto de tales bahías es completamente oriental. Bien han sabido comprenderlo los magnates turcos, cuyos palacios se levantan a lo largo del litoral, miran-

do plácidamente las olas y como sumidos en eterno coloquio con ellas. Puede decirse que no hay sitio en la orilla europea que no esté ocupado por una de esas hermosas viviendas, edificadas en un estilo extraño para nosotros, pero peculiar a aquellas tierras: paredes en su mayoría de madera; tramos, unos entrantes y salientes otros; al rededor kiosquitos chinescos con enredaderas de mil especies diferentes; columnas talladas casi siempre en un solo bloque de mármol, y en el conjunto la más abigarrada mezcla de colores.

Lo contrario acontece en la costa asiática, donde, sacando a Escútari y una que otra choza de pescadores, todo lo demás es obra de la naturaleza. Lo único que este continente presenta son grandes cerros floridos, valles riquísimos en matices, arroyos que pasan serpenteando y formando de trecho en trecho espumosas cascadas, hondas cuevas casi cerradas por el follaje, algunas águilas que vuelan orgullosamente hacia el mar, bandadas de pájaros grises que se detienen en cada bosquecillo y en cada fuente.

En la noche, cuando sólo la luna acaricia el mar y las tierras circunvecinas, numerosas embarcaciones de diversas formas, llamadas *kaikes*, cruzan el estrecho en todas direcciones. Con nada puede compararse la delicia de esos paseos nocturnos, en los cuales, al placer de una corta navegación bajo un clima suave, se une lo fantástico de la escena: de un lado la ciudad débilmente alumbrada por la luna; del otro, las agrestes tierras de Asia pobladas de sombras y fantasmas producidas por la escasa claridad; allá en el fondo del *χρυσόκερας* cubren la costa los grandes buques, a cuyo rededor se mueven los *kaikes* de los paseantes, y fuera de la agitación proveniente de los muelles, no se oye otro ruido que el grito apagado del remero y el murmullo de las aguas.

En la orilla de este Bósforo espléndido, lleno de recuerdos y de afectos, surcado por navíos de todas las banderas y por innumerables embarcaciones pequeñas

que no se sabe de dónde salieron ni a dónde van ; bajo uno de los más puros cielos ; después de inmensas llanuras desiertas ; al lado de elegantes arrabales donde el movimiento y la vida occidental aturde de puro bulliciosa, descansa admirable y magnífica la ciudad de Constantinopla. Sus muchísimos minaretes erguidos y esbeltos, sus redoradas cúpulas, sus tántas y tántas casas particulares pintadas de colores vivos y variados, sus palacios y serrallos que, ahogándose dentro del perímetro de la ciudad, se salen fuera de ella a lo largo de la costa, extasían a quien por primera vez los contempla, haciéndole creer que dentro de poco irá a desembarcar en un paraíso de símbolos y monumentos.

Desgraciadamente, Constantinopla no corresponde en su interior al aspecto que presenta vista de lejos. Todavía posee, es verdad, algunos templos bizantinos, como Santa Sofía, los Doce Apóstoles, y algunos monumentos de verdadero mérito ; pero del esplendor que recibió, al ser convertida en la residencia imperial, no le queda ya nada.

Varios motivos, y entre ellos algunos muy poderosos, indujeron a Constantino a trasladar la capital un poco más al oriente. Ya la Bretaña, las Galias e Iberia no daban qué temer al imperio ; con mantener en dichas provincias un régimen ordinario había lo bastante. Pero en Asia un enemigo formidable, la Persia, no cesaba de inquietar a los amos del mundo, y los territorios del bajo Danubio se hallaban enfrente de hordas bárbaras que crecían de continuo. Era, pues, forzoso que el gobierno se desentendiera un tanto del occidente, donde todo estaba en seguridad, para acudir a lugares en que el peligro demandaba más vigilancia. Diocleciano, comprendiendo esta necesidad, había trasladado su residencia a Nicomedia, en Bitinia ; Constantino prefirió a Bizancio, en la Tracia.

Asentada en Europa ; ante las puertas del Asia, adonde podría enviar en cualquier momento un ejército tan grande como quisiese ; apoyada por dos mares ;

lista para reforzar rápidamente el bajo Danubio ; dueña de un puerto espléndido y sin rival entre las demás del imperio en punto a belleza de situación, esta ciudad era la llamada a reemplazar a Roma. Naturalmente, por famosa y opulenta que fuera, no estaba preparada como debía para pasar de un golpe a ser la capital del universo. Fue soberbiamente ampliada con magníficas construcciones que se extendieron en sus alrededores, hasta cubrir un recinto de más de 20 kilómetros. Muchas obras de arte vinieron de otras ciudades, inclusive de Roma, a embellecer la nueva metrópoli. No menos suntuosos que los que habitaban en las riberas del Tíber fueron los alcázares de que pasaron a disfrutar las familias de los senadores en las orillas del Bósforo. En una palabra, la Roma recién nacida fue puesta a nivel de la adulta en todo sentido : en magnificencia exterior, en cultura, en prerrogativas (1), en juegos y hasta en distribuciones de víveres al pueblo. El nombre que desde tiempo inmemorial había llevado, originario, según conjeturas, de Bizas, jefe de una colonia de argivos que se estableció en aquel suelo, lo trocó por el de su ilustre reformador y se llamó Κοσταντινὸς πόλις. Nada ha podido contra ésta la denominación que quieren darle los musulmanes, de Istambul, mera corrupción de las tres voces griegas εἰς τὰν πόλιν, o de Islambul, simple juego de letras que en lengua turca vale : *llena de Islam o de fe* (2). Tsargórod, *ciudad del emperador* la llaman los rusos, como si por respeto tuvieran dificultad en nombrar a Constantino y sólo se atrevieran a aludir a él como al emperador por excelencia.

La nueva ciudad, y con ella el imperio de que fue cabeza, no surgió llevando en su seno gérmenes fecundos de vida, sino más bien flaqueza de muerte. No cre-

(1) Exceptuado el prefecto de la ciudad, el cual, sin embargo, le fue concedido más tarde. V. DURUY, *Historia de los romanos*, Cap. 103, V.

(2) Cf. HERNÁNDEZ Y RESTREPO, *Llave del griego*, Comentario 313.

ció como la antigua Roma, fortaleciéndose en lucha contra obstáculos numerosos, ni llegó al florecimiento sobre los fundamentos de la virtud. Todo lo recibió ya listo y preparado, y como no aprendió a ganar el bien que entró repentinamente a disfrutar, no supo apreciarlo en su valor y lo convirtió en aliciente de pasiones y vicios. La suntuosidad y el derroche, cáncer horrible que venía devorando al imperio romano ya de tiempo atrás, se apoderaron del nuevo organismo con saña digna de cuatro siglos de desarrollo.

El dulce y piadoso Virgilio agradeció en una admirable égloga (1) a Augusto el haber perdonado sus tierras del reparto con que el triunfante general favoreció a los veteranos que le habían acompañado en la jornada de Filipos. Fue la merced tan señalada, que el poeta tributó honores divinos al que hubo de otorgársela :

*O Meliboee! deus nobis haec otia fecit;
Namque erit ille mihi semper deus...*

Porque en Roma los vencedores habían adquirido —y conservaron por siglos— la costumbre, tan injusta como cruel, de distribuir entre sus soldados, después de una batalla decisiva, heredades y posesiones sin respeto ninguno por los propietarios legítimos.

Tales usurpaciones, junto con otras realizadas de propia cuenta y riesgo por los ya enriquecidos capitanes, levantaron inmensas fortunas y a muchos los hicieron dueños de provincias enteras. Trimalción—que si no es un personaje real, sí es vivo retrato de los opulentos romanos—se embriagaba con los vinos exquisitos que le producían extensos viñedos, limítrofes de Terracina y de Tarento, según lo sabía por referencias, pues no los conocía. Proyectaba, además, agregarles la Sicilia entera, para no navegar por otras costas que las suyas cuando viajase al Africa (2). Cantidades fabulo-

(1) *Bucolica*, Ecl. I.

(2) PETRONIO, *Satyricon*, Caput. XLVIII.

sas se gastaban anualmente en sostener esos juegos deslumbradores con que los magistrados, y aun los simples ciudadanos, ambiciosos del aprecio popular, enloquecían y cegaban al pueblo (1). El aristócrata menos descontentadizo poseía diez o doce alcázares colmados de riquezas, que les servían de magníficas residencias campestres, a las que, con sencillez envidiable, denominaba apenas *rústicas villas* (2). Si uno de estos potentados perdía la cosecha en las Galias, de la Libia o el Asia Menor sacaba quintuplicado lo que le hacía falta para resarcirse.

Semejante acumulación de caudales fue aumentando con los años, siempre en beneficio de unos, los menos, y mal de otros, la inmensa mayoría, hasta dejar reducida la sociedad romana a dos grandes clases, separadas entre sí por infranqueable abismo: los omnipotentes opulentos y los miserables siervos. La clase media, verdadera maquinaria del progreso, desapareció poco a poco, dejando privado al imperio de los beneficios que ella trae consigo. Es la clase media una categoría social en que los individuos, por su laboriosidad, ni caen en la obcecada imprevisión del rico a quien su oro persuade que logrará sin esfuerzo cuanto quiera, ni tampoco en el marasmo del mendigo que espera las sobras que le arrojan. La clase media no conoce el ocio corruptor del opulento ni el ocio corrompido del miserable. Por eso los individuos de la clase media, al paso que obtienen por su enérgica laboriosidad la satisfacción de las exigencias de la naturaleza, piensan en refinar los medios de que disponen, movidos por el feliz e irresistible impulso del hombre hacia lo bello y lo bueno.

(1) Cf. G. BOISSIER, *El fin del Paganismo*, lib. V, cap. 1.º, II.

(2) Para una magnífica descripción de uno de estos palacios, véase la carta que Plinio dirigió a Galo con el fin de explicarle por qué se recreaba tanto en su villa de *Laurentinum* vel, *si ita mavis Laurens* (II, 17).



“Mendicitatem, et divitias ne dederis mihi : tribue tantum victui meo necessaria : ne forte satiatuſ illiciar ad negandum, et dicam : Quis est Dominus ? aut egestate compulsus furer, et perjurem nomen Dei mei” (1).

Esta creación de hábitos de trabajo y de anhelo por mejorar las condiciones de vida hace que las sociedades avancen y se perfeccionen; que florezca la industria; que las artes surjan y se vigoricen; que las inclinaciones humanas se ennoblezcan; que se desarrollen las virtudes sociales por la estrecha unión de todos para alcanzar el bien común. Viene entonces el levantamiento del nivel intelectual y la depuración del buen gusto; se aprende a usar bien de las cosas, logrando el mayor efecto con el menor esfuerzo posible, y haciéndolas cada vez más aptas para llenar la misión a que se las destina. En una palabra, la vida se rodea de comodidades que, siendo dificultosas de adquirir, no se convierten en locas vanidades sino en medios para mejor cumplir los fines propuestos por Dios a la humanidad en este mundo.

Muy distinta era la situación del Imperio Romano en el siglo IV. Lejos de poseer ese lujo sano y benéfico que acabamos de describir, resultado y no causa de la marcha de la sociedad, producto de la tendencia de los individuos a la perfección y al mejoramiento, se veía ahogado por otra clase de lujo de muy diferente naturaleza. Por uno sórdido en sus fundamentos, que eran la sensualidad y la soberbia; sofocante por su continuo crecimiento, rebelde a toda razón y medida; destructor del ahorro, porque cada vez exigía mayores estipendios; corruptor de las almas, porque ante su satisfacción se deponía todo freno y todo respeto.

La ociosidad, fruto legítimo de la demasiada abundancia, hizo brotar desordenado culto a la propia persona en el corazón de los ricos, quienes, rodeados de cuanto podían ambicionar, se acostumbraron a satisfa-

(1) PROV., XXX, 8-9.

cer sin trabajo ni tardanza, no sólo sus necesidades, sino sus pasiones y aun sus más insignificantes caprichos. Llegaron a no verse obligados a preocuparse por cosa de importancia, y se dedicaron a aprovecharlo todo para procurarse mayores deleites o despertar la envidia con la ostentación más exagerada. Entre darse gusto sin medida y halagar la vanidad hasta locuras como la del que bebía vino mezclado con polvo de perlas, repartió el egoísmo la atención de aquellos hombres que con sus riquezas hubieran podido hacer muchos y grandes bienes a la humanidad y a la patria.

Los pobres, a su turno, sin trabajo—porque las industrias eran monopolio del gobierno y las labores agrícolas eran ejecutadas por los esclavos de los propietarios—y obligados de consiguiente a mendigar, ora abiertamente, ora convirtiéndose en abyectos e importunos clientes de algún poderoso, perdieron todo deseo de mejorar y ennoblecerse, y se contentaron con pedir a gritos, primero el sustento necesario y luego las diversiones. *Panem et circenses* era todo lo que ambicionaba aquel pueblo de desocupados.

Se acabaron en Roma las férreas voluntades y los inquebrantables caracteres formados en el continuo batallar de la vida. Las imaginaciones enfermizas de tan desgraciada generación no fueron capaces de dar forma a las grandes concepciones del arte y el saber; no quedó una sola inteligencia que supiese administrar los negocios del Estado. Los bárbaros, recibidos a salario en el ejército en tiempo de Julio César (1), austeros y viriles en medio de hombres sibaritas, fueron imponiéndose a una sociedad afeminada, y más gananciosos a medida que pasaban los años (2), comenzaron a escalar los puestos públicos hasta tomar por asalto los de primeros ministros. Semejante irrupción pacífica fue más

(1) Cf. CANTÚ, *Historia Universal*, vol. 2., pág. 737, col. izq. (Edic. cast. de Garnier frères, Paris, 1869).

(1) Cf. por ejemplo, DURUY, ob. cit., cap. 104, VI.

funesta que las efectuadas a matanza y saqueo, porque mientras aquélla hizo el mal sin dejar bien ninguno, éstas fueron verdaderas inmigraciones cuyo impulso, tan salvaje como se quiera, mezcló, con todo, al romano otros pueblos llenos de savia vital y fundó así las modernas nacionalidades europeas. ¿Y no es acaso el espíritu de Roma, el genio latino, el que, por obra de de esas nacionalidades, reina hoy día en apartados países que jamás soñaron con tener por lenguas propias las hijas legítimas de la que habló Cicerón y cantó Virgilio y escribió Tácito ?

.....
J. M. RESTREPO MILLAN

Episodios del régimen federal

en el Magdalena (1)

1864

LA REACCION

Se conoce en la historia del Magdalena, con el nombre de *reacción*, un movimiento revolucionario llevado a cabo por una fracción del partido liberal, apoyada por todo el partido conservador con el fin de derrocar el gobierno ultra-liberal que presidía el general José María L. Herrera.

Este, desde la asoladora guerra de 1860, venía siendo, ya con un título, ya con otro, jefe del estado, y aunque con frecuencia se separaba del mando para ir a Bogotá en su carácter de senador de la república, la opinión pública se le manifestaba adversa, ora por el carácter dominador y despótico del general Herrera, ora por los execrables excesos que había cometido Isidoro Fuentes, su *alter ego*, en la provincia de Valledupar du-

(1) Véanse las páginas 39, 114 y 142 de nuestro volumen anterior.